

HISTORIOGRAFÍA, NACIONALISMOS E HISTORIA DE LOS CONCEPTOS. UNA ESCALA DE ESTUDIO PENINSULAR

CONVERSACIÓN CON SÉRGIO CAMPOS MATOS

César Rina Simón

Investigador Juan de la Cierva / Universidad de Extremadura

¿Quiénes fueron tus maestros en el oficio de la historia? ¿Cómo y dónde fue tu formación?

Mi interés por la Historia surgió en buena medida de las vivencias de la infancia y del interés por la literatura. Cuando era un joven estudiante de instituto tuve un profesor de Historia excelente que evocaba el pasado con entusiasmo y nos motivaba. Con el profesor de francés, Mário Dionísio, aprendí el rigor intelectual y desarrollé el gusto por la novela y por la poesía. A la vez fui leyendo a autores como Camilo Castelo Branco o Eça de Queiroz, pero también a Stendhal y Balzac. En la Facultad de Letras de Lisboa, en los años setenta, António José Saraiva (con una trayectoria relevante en la comprensión de la literatura como expresión social), en una época muy sensible al estructuralismo, mostró la relevancia del análisis del conjunto orientado por parámetros globales: por ejemplo, *cumbre* y *base* o *fuera* y *dentro*, que ayudaban a posicionarnos ante las realidades históricas.

A principios de los años ochenta, un seminario de Vitorino Magalhães Godinho apuntó los grandes problemas nacionales a la luz de un profundo conocimiento y de una preocupación por comprenderlos en contextos transnacionales más amplios. El contacto con otros historiadores (Silva Dias) o ensayistas (Eduardo Lourenço, Eduardo Prado Coelho) me abrieron nuevos campos. En la Facultad de Letras de Lis-

boa, cuando los intereses de los historiadores portugueses aún estaban centrados en la historia estructural, João Medina señaló el interés por el hecho singular, individual, único, y por una historia de las mentalidades no siempre bien comprendida, lo que le llevaba a reflexionar sobre las relaciones nada lineales entre historia y literatura, sobre las interpretaciones teleológicas y la contingencia. Por otro lado, el diálogo con Jorge Borges de Macedo acerca de mi tema de investigación doctoral suscitó nuevas cuestiones y extendió mis horizontes de trabajo, despertando mi atención la cuestión ibérica.

Pero mucho antes de todo esto, creo que el interés por la Historia fue también alimentando desde la infancia, a través de la relación imaginaria que fui estableciendo con personas fallecidas de mi familia (especialmente con un abuelo que fue poeta y cuya memoria familiar me marcó). ¿Cómo sería la vida de esas personas que mis padres y tíos evocaban? ¿Cómo serían como personas? ¿Cómo se alegraban o entristecían? ¿Cómo se relacionaban con los niños? Es decir, siempre me interesé por el pasado, a veces más por el pasado que por el presente visible, aparente; por los lugares donde habían pasado los que ya habían muerto, los paisajes que habían visto, los sonidos que habían oído. ¿Era esos paisajes los mismos? Sabía que no, y por eso buscaba señales del paso de los muertos por los lugares. A fin de cuentas, ¿no trabajamos

también los historiadores con esas marcas del pasado en el presente? En los años sesenta, aun siendo un niño, estaba convencido, por ejemplo, que mi abuelo había muerto hacía mucho tiempo. Pero, ¿1949 era mucho tiempo?

¿En qué manera condicionó la experiencia revolucionaria portuguesa y sus expectativas de cambio la actividad historiográfica?

La experiencia revolucionaria de 1974-1975 fue determinante desde diversos puntos de vista: la impresión de que la historia estaba ocurriendo en directo, de inmediato (se hacían veladas entre amigos para escuchar las noticias en la radio hasta las 4 o 5 de la mañana), de que todo era posible, de que un mundo mejor estaba a nuestro alcance. El interés por la edad contemporánea es anterior a 1974, sobre todo en medios ajenos a la Universidad (donde no era habitual su estudio), pero se acentuó a partir de ese momento. Muchos jóvenes acabaron cursando la Licenciatura en Historia. Había una urgencia por comprender el presente, y muchos centraron su estudio en el pasado más próximo: el Estado Novo. Pero la historia estructural –sobre todo económica y social– continuaba marcando la enseñanza. Temas como el atraso portugués, el republicanismo y la historia del movimiento obrero, las luchas de clase y las revoluciones (1813-1815, 1820, 1910) ocupaban la agenda de muchos historiadores y aprendices del oficio. Cuando fui alumno de Historia en la Universidad de Lisboa (1975-1980) dominaba la lectura historiográfica de inspiración marxista y de los *Annales*. Los debates eran intensos y se hacían trabajos de investigación en grupo hasta altas horas de la madrugada, muchas veces dominados por preconceptos. La necesidad de comprender lo que estaba ocurriendo, pero también la necesidad de acción, condicionaba la elección de temas, conceptos y perspectivas. No siempre se respetaba la alteridad del pasado que se estudiaba, cayendo en anacronismos. Estudiar el pasado era siempre un desafío para ampliar el conocimiento y la mirada sobre el mundo y sobre nosotros mismos.

Sus primeros estudios abordaron la problemática de la enseñanza de la historia en el sistema educativo nacionalizador portugués. ¿Qué importancia ha tenido la escuela en los procesos de nacionalización?

Mi interés por la comunicación pública de la historia y por las estrategias de divulgación crítica se remontan a inicios de los años ochenta, cuando impartí clases por primera vez Historia en el instituto Pedro Nunes, tenía entonces 22 años. En los inicios de mi actividad como profesor, el contacto y amistad con una compañera y gran profesional, Maria Lucília Estanco, me motivó aún más por ese campo de estudio ligado directamente a mi experiencia profesional. Ahí surge mi interés por la historia de la historia y la historia de la educación. En el caso portugués, aunque el proceso de escolarización fue tardío (como en España o Italia), la escuela primaria y secundaria han desempeñado una función relevante en la nacionalización de los portugueses. Es cierto que hasta bien entrado el siglo XX solo una minoría de la población estaba escolarizada (en 1930 aún no alcanzaba el 30%, cuando en otros países del sur de Europa, como Italia y Grecia, ya sobrepasaba el 50%). A la par que las fuerzas armadas y otras múltiples ritualizaciones del pasado, la escuela tuvo su importancia en la estructuración de una memoria nacional. Pero hasta fechas recientes la sociedad portuguesa vivió sobre todo de una memoria oral y de una estrecha ligación a las patrias locales (en los años cincuenta, el historiador Joaquim de Carvalho llamó la atención de la importancia del patriotismo localista), un sentimiento de pertenencia a la nación que pasa por la proximidad y relación con los afectos locales, el paisaje, la gastronomía, la familia... En lo que respecta a la escala nacional, nunca hubo tensiones reseñables con la amplia diversidad que el país presentaba de norte a sur: al contrario de lo que sucedió en España, la diversidad no se tradujo en autonomía regional (exceptuando los archipiélagos atlánticos). Salvo las persecuciones a los judíos durante el reinado de D. Manuel y por la Inquisición, tampoco hubo

a lo largo de la trayectoria histórica nacional profundas tensiones étnicas y religiosas.

¿Cree que el fenómeno de los nacionalismos ha decaído, en la línea que apuntaba Hobsbawm, o bien que es un fenómeno que continúa siendo central en la comprensión del mundo?

Durante los cuarenta años que siguieron al final de la II Guerra Mundial, los movimientos nacionalistas parecían relativamente adormecidos. Fueron años de crecimiento económico, de extensión del bienestar social a sectores más amplios, del *baby boom*, de reconciliación entre los enemigos de la guerra y de construcción de la comunidad europea. Fue un tiempo de confianza en el progreso y de un cierto optimismo en relación al futuro, solo cuestionado por algún episodio de la Guerra Fría y por las crisis del petróleo, ya en los años setenta. La caída del muro de Berlín, seguida de la disgregación de la URSS, de Yugoslavia y de Checoslovaquia, volvió a situar la problemática nacional en el orden del día. Pero, a lo largo de esos cuarenta años, el caso vasco e irlandés evidenciaron que los nacionalismos no estaban muertos en Europa. Y, como el propio Hobsbawm señaló, desde la caída del muro de Berlín hasta los inicios del siglo XXI, se constituyeron más estados que durante todo el siglo XIX. Algunos de los nacionalismos que hoy se afirman en Europa y en los Estados Unidos tienen una marca étnica, exclusivista y dogmática que los aproximan a las tendencias que dominaron Europa en los años veinte y treinta. No hay duda que el nacionalismo continúa siendo uno de los fenómenos sociales cruciales para comprender el mundo en el que vivimos. Y solo la historia (a la par de la sociología, la antropología y la ciencia política) permite ahondar en su comprensión en el largo recorrido.

*Su obra *Historiografía e Memoria Nacional*, editada en 1998, planteó la relevancia de la escritura de la historia en la construcción de la nación, así como los conflictos por resignificarla. ¿Cuál estima que ha sido la trayectoria de la historiografía en las últimas décadas?*

En las últimas décadas, la historiografía portuguesa ha pasado por múltiples metamorfosis, es difícil de sistematizar en pocas palabras la diversidad de orientaciones. Me limitaré a señalar algunas. Desde los años ochenta, en una época de cierta euforia con el modelo liberal de desarrollo económico ligado a la adhesión a la Comunidad Europea (1986), se acentuó la influencia del mundo anglosajón. La historia económica pasó a un segundo plano (aunque nuevas preocupaciones habían surgido en clave comparativa en torno a la *new economic history* desde los años sesenta). El fin de la Guerra Fría y de la URSS contribuyó decisivamente en la erosión de las narrativas teleológicas, especialmente del materialismo histórico —hace tiempo cuestionado—, y en la extensión neoliberal bajo la confianza en la autorregulación del mercado. La historia social tendió a dedicarse al estudio de las élites políticas, económicas o intelectuales y el interés por el movimiento obrero, en España y otros países, decayó nítidamente hasta fechas recientes. Por otro lado, en el campo de la historia cultural y política cabe mencionar el efecto llamada del *linguistic turn*, que en sus formulaciones más extremas se tradujo en la convicción de que al margen del discurso no existe la realidad histórica. Una actitud relativista que atenuó la frontera entre historia y ficción. Todo parecía legítimo y solo al «mercado» correspondía diferenciar la «buena» de la «mala» historia bajo un criterio de clasificación dicotómico. En último término, se ponía en cuestión la legitimidad de la historia como ciencia dotada de una metodología que la diferenciaba de otras disciplinas sociales y su indispensabilidad para la comprensión de la condición humana. La historia tendió a ceder su espacio como conocimiento determinante en la cultura occidental, al nivel relativo de las demás ciencias sociales. Las perspectivas de corte recorrido se impusieron, así como en la antropología y en la ciencia política, mientras que la mejor historiografía producida en Portugal caí en el olvido. Si bien en los últimos veinte años la historia de la historiografía, de las memorias sociales y de los lugares de memoria

(incluyendo las ritualizaciones) han despertado interés, este está lejos de alcanzar los resultados obtenidos en otros países europeos, en los Estados Unidos y en Brasil.

No obstante, grandes síntesis de la trayectoria histórica de Portugal fueron publicadas en los años noventa, incluyendo campos como la historia de la expansión portuguesa y la historia militar, la historia de la música, del arte, del cine, etc. También la historia de los conceptos ha despertado intereses desde inicios del siglo XXI. Asimismo, encontramos en la corriente biográfica, en colecciones dedicadas a reyes y reinas y a figuras históricas del pasado más reciente, publicaciones de valor desigual. Pero, salvo raras excepciones, la relación con otras ciencias humanas, como la antropología y la sociología, tan cultivadas en los años sesenta, languideció. Nunca como hoy en Portugal se publica tanto en el campo de la historia, incluyendo el género diferenciado de la novela histórica. Al mismo tiempo, nunca los libros han circulado tan rápidamente ni han pasado tan desapercibidos.

Ha abordado el pensamiento peninsular de Oliveira Martins, leído, celebrado y apropiado por liberales, socialistas, conservadores e integristas. Su introducción para Ugoi de Historia de la Civilización Ibérica vino a presentar una obra fundamental que desde los setenta no era traducida –la última contaba con un estudio introductorio de Maravall–. ¿Cómo explica usted las múltiples caras y lecturas posibles de la obra de Oliveira Martins?

Pienso que Oliveira Martins es un caso singular en el panorama historiográfico portugués del siglo XIX, e incluso peninsular. Escribió una historia pionera en la que abarcaba las naciones peninsulares –*Historia da civilização ibérica* (1879)– y tuvo la capacidad de integrar trayectorias muy diversas: una historia trágica de Portugal dotada de un extraño poder de evocación e imaginación poética que no tiene paralelos en el espacio peninsular (Unamuno fue el primero en señalar esta idea), a la vez de una historia de

las tendencias políticas, de las instituciones y de las civilizaciones. Como historiador fue más valorado en España que en Portugal: cabe recordar que Jover Zamora o José Antonio Maravall lo situaron entre las dos o tres principales figuras de la cultura histórica hispánica. En Portugal, fue común catalogarlo anacrónicamente como autor de narrativas fantasiosas, cuando la cuestión es bastante más compleja y debe ser situada en su contexto: hace tiempo Magalhães Godinho llamó la atención sobre el «cuidado erudito» con que Oliveira Martins reunía su información. Son múltiples las lecturas de su herencia y las variadas –y a veces contradictorias– interpretaciones de su pensamiento, con apropiaciones que van de la derecha salazarista a las corrientes socialistas del siglo XX, bien estudiadas por Carlos Maurício. Su legado es perceptible en la historiografía económica, en la historia narrativa y en la historia social. Desde mi punto de vista, el potencial aún hoy no agotado de la inmensa obra de Martins, tanto en el plano de la crítica social y económica como en el plano de la historiografía, radica en su capacidad para integrar lo mejor de las ciencias humanas de su tiempo que no solo se producía en Francia, Inglaterra o Alemania y la cultura histórica española, que conocía bien. En contra de los paradigmas de su época (Martins murió en 1894), su concepto de progreso no es lineal y el futuro es lugar indeterminado. Al rechazar las intromisiones del determinismo étnico en la explicación de la historia nacional y al hacer depender el futuro de la consciencia y de la voluntad humana, abordó con una intuición moderna los problemas nacionales. Cabe señalar la calidad de su escritura, que no era frecuente entre los historiadores. En 1970, el francés Alber Silbert apuntó la extraordinaria capacidad de Martins por adoptar puntos de vista diversos de las ciencias sociales, anticipándose a los espacios explorados por los historiadores ligados a *Annales*.

En sus análisis sobre las narrativas nacionalistas lusas, encontró que el «perigo español» había sido una pieza clave en la construcción de los

imaginarios patrióticos portugueses, como bien atestiguan los manuales escolares, los ciclos conmemorativos o la Associação 1º de Dezembro, fundada a mediados del siglo XIX para contrarrestar las campañas iberistas. ¿Cómo se construyó y fue evolucionando este mito constitutivo? ¿Podemos hablar de múltiples iberismos?

El peligro español fue con frecuencia un mito, un fantasma con eficacia política y social, pero por momentos fue también real: nos referimos, por ejemplo, a la estrategia iberista de Alfonso XIII en los primeros años de la Primera República portuguesa, bien estudiados por Hipólito de la Torre Gómez. Resulta evidente que la amenaza española fue instrumentalizada para consumo interno en las más diversas direcciones y para atacar al adversario político, más en Portugal que en España. Recordemos el modo en que João Franco, jefe de gobierno que a la altura de 1893 usó el encuentro peninsular de republicanos portugueses y españoles en Badajoz como argumento para atacar a los republicanos, acusándolos de pactar con España en el combate por un estado federal, multinacional, y de no ser leales al estado portugués. La *Associação 1º de Dezembro*, fundada en 1861, intentó iniciar una dinámica patriótica y nacionalista a partir de la denuncia del iberismo dentro y fuera de las fronteras, identificando y execrándolo como enemigo nacional. En realidad, al contrario de lo que cierta propaganda nacionalista sugería, hubo múltiples iberismos: del unitarismo monárquico de Sinibaldo de Más al iberismo cultural de Oliveira Martins hay un trecho considerable.

No cabe duda de que los iberismos, en sus múltiples caras, han tenido lecturas diferenciadas según se analizasen de un lado u otro de la frontera. ¿Cómo ha condicionado la dicotomía España-Portugal los estudios y las conclusiones sobre los iberismos y las relaciones peninsulares?

En España, los iberismos fueron una vaga posibilidad de futuro que muchos intelectuales y políticos llegaron a considerar viables. Pero las expectativas de unidad ibérica no consiguieron

canalizarse en un movimiento social y político nacionalista. Y en Portugal, además del recurso a la amenaza abanderada por las élites, el iberismo nunca consiguió extender su influencia más allá de un pequeño número de periodistas y literatos. La dualidad política Portugal-España, en un espacio histórico y geográfico peninsular, así como en las tradiciones culturales, en los comportamientos religiosos y políticos, desde el punto de vista de la antropología e incluso de la lingüística, estimuló el interés por tratar de comprender este fenómeno. ¿Cómo fue posible que coexistieran varios estados en un territorio amplio y diversificado en que se desarrollaron culturas que tienen tanto en común? Aún hoy tiene sentido hablar de una consciencia hispánica. Creo que el interés científico por los iberismos se engarza con la voluntad de conocer mejor este fenómeno tan complejo y de acercarse a la historia desde el punto de vista de las alternativas que no vencieron —pero que pudieron haber vencido—. En pasado siempre se soñaron y proyectaron futuros posibles. ¿Cómo podemos explicar el fracaso de movimientos centrípetos de unificación que en ciertos momentos históricos pudieron estar cercanos a su consecución? Esa es una de las principales preguntas que los historiadores han intentado responder.

Acaba de publicar Iberismos. Nação e transnação, Portugal e Espanha (1807-1931), un libro fundamental para comprender los procesos de nacionalización peninsulares desde una óptica transnacional. En él establece una clara conexión entre las expectativas iberistas y las americanistas, siendo ambos anhelos de corte regeneracionista. ¿En qué consiste esta continuidad entre iberismos y americanismos?

Sobre todo a partir de finales del siglo XIX, cuando el proceso de mundialización daba pasos muy significativos (navegación de vapor, telégrafo eléctrico, teléfono) los hispanoamericanismos continuaron de algún modo, en una escala más amplia, atlántica y occidental, los iberismos en cuanto utopía. Después de la pérdida

del imperio americano y del restablecimiento en nuevos términos de la relación con la América hispánica, tenía sentido proyectar en este gran espacio la expectativa nacionalista de una gran España. En Portugal, el hispanismo fue teorizado (entre otros) por un intelectual tradicionalista y monárquico: António Sardinha, el mentor del Integralismo Lusitano. Pero su idea de que Portugal volviera a ser una gran nación en el inmenso espacio panhispánico despertó resistencias entre tradicionalistas y republicanos liberales y demócratas. Para estos, la prioridad pasaba por la aproximación de Portugal a Brasil más que a España y las naciones hispanas. Entre otros puntos en común, tanto los iberismos como los hispanismos (adoptemos este concepto en un sentido amplio, abarcando panhispanismos, hispanoamericanismos e iberoamericanismos y, en parte, panlatinismos) anhelaban una grandeza perdida y la regeneración de las naciones que englobaban. En este sentido, especialmente en el caso de los hispanismos, estamos ante discursos refundadores, regeneracionistas, postcoloniales y, en ciertos casos, neocoloniales. Por ello generaron amplios debates: recordemos a Ángel Ganivet o a Fidelino de Figueiredo.

Los análisis del hispanoamericanismo de la historiografía española están condicionados por el mito fundacional del 98 y la posterior transformación en el recurso de la hispanidad de la España franquista. ¿Cree que hay cierta atonía entre la historiografía española y portuguesa? Y en caso afirmativo, ¿piensa que es una oportunidad para visitar los conceptos desde ópticas menos condicionadas por las trayectorias de pensamiento?

Más allá de las diferencias de escalas y de problemáticas, las historiografías portuguesa y española de los siglos XIX y XX tienen mucho en común. Por ejemplo, en la sincronía (y sintonía) con que acogieron modelos conceptuales europeos, sobre todo franceses y alemanes, como la primera historiografía liberal en 1830-1840 o la recepción historiográfica ligada a los *Annales* en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX.

También en lo que respecta a los tópicos que manejaron los historiadores: la decadencia o el atraso relativamente a otras naciones europeas, como si las sociedades portuguesa y española fueran excepciones en la historia de Europa. Se consideraba que se habían mantenido alejadas del progreso, tal y como fue entendido en Europa septentrional. En Portugal y España durante mucho tiempo las élites despreciaron el valor su cultura, de su arte, de su ciencia. En definitiva, de su conocimiento.

Es reacio a utilizar el concepto de identidad, tótem en las últimas décadas en la comunidad historiográfica. ¿Puede explicar por qué?

El concepto de identidad, tal y como es utilizado en muchas ocasiones en el discurso político y en las ciencias humanas, es frecuentemente equívoco y reductor: simplifica los problemas. No pocas veces se toma identidad como una sustancia permanente, que supuestamente se adquiere o permanece como una esencia fundadora, cuando en realidad cualquier práctica que exprese identidades es siempre dinámica, permeable a la relación con otras prácticas y más o menos abierta al cambio. Por otro lado, cualquier comunidad humana, cualquier profesión o cualquier individuo es atravesado por múltiples identidades, múltiples culturas que en el conviven. De esta forma, el concepto de identidad deber pluralizarse, debe atenderse cuidadosamente al contexto y al objeto al que se refiere y no abusar de él como muletilla. De otro modo, simplificaremos lo que es complejo. A veces el concepto está solo implícito, disimulado en el discurso: cuando se dice: «en el siglo XV nosotros (los portugueses) teníamos un proyecto coherente de expansión ultramarina.» Otras veces es instrumentalizado de modo más grosero: cuando Trump delante de la Primera Ministra T. May elogia el *Brexit*, diciendo que los británicos van a recuperar su identidad, como si esta se hubiera perdido.

Ha sido uno de los historiadores que ha desarrollado el análisis de los conceptos en la península

Ibérica. ¿Cómo ha sido este trayecto intelectual? ¿Qué nos pueden aportar los conceptos? ¿Es justificable el miedo de ciertos colegas que lo relacionan con el posmodernismo?

La historia de los conceptos es una teoría y una metodología de estudio que propone una visión integrada de la historia cultural y social. Puede ser una herramienta muy útil para estudiar y respetar la historicidad de los conceptos y evitar los anacronismos fáciles: aplicar a determinadas sociedades y épocas conceptos históricos que desconocían. De esta forma, aplicar el concepto de totalitarismo al despotismo ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII es claramente incorrecto. En este sentido, la historia conceptual es una herramienta muy pertinente que intensifica la vigilancia crítica y el rigor en la comprensión del vocabulario político y social usado en determinado momento histórico. Por mi parte, siempre fui sensible al estudio del lenguaje. Cuando acabé la Licenciatura en Historia me interesé por la sociolingüística. La historia de los conceptos enriqueció sustancialmente mi perspectiva, incluso en el estudio de los iberismos. Es significativo que el concepto de iberismo entrara en el diccionario de la lengua portuguesa en 1913 y en los diccionarios de lengua castellana mucho más tarde. No considero que la historia conceptual esté relacionada directamente con el posmodernismo, que además es un término controvertido pues implica una idea de corte con un pasado moderno. En el potencial analítico y reflexivo de la historia de los conceptos se valoran las perspectivas integradas, de conjunto, en que el lenguaje político se comprende desde sus condicionantes históricos y sociales.

¿La entrada de Portugal y España en la Unión Europea ha modificado la relación académica entre ambos países? Tenemos la sensación de que la apertura de fronteras en un marco superior ha permitido que la historiografía aborde cuestiones hasta entonces tabú.

Creo que sí, la entrada en la Comunidad Europea en 1986 facilitó y estimuló los contactos transfronterizos, sobre todo cuando se abolieron los controles fronterizos terrestres (¡que no significó la abolición completa de las fronteras!). Hasta los años setenta, incluso el comercio legal entre ambos países era minoritario. Los intercambios comerciales, las inversiones empresariales y financieras de España en Portugal —más que las de Portugal en España— el turismo y los intercambios culturales y científicos se intensificaron mucho, no hay duda. Esto también se reflejó en el trabajo de los historiadores. Sin embargo, a pesar de los avances, creo que el interés por la historia de Portugal en España continúa siendo minoritario.

En sus últimos proyectos de investigación ha centrado el análisis de los procesos de nacionalización en la actividad de los diplomáticos y de los exiliados. ¿Cuál es el papel de estos agentes que, en cierta medida, estaban ajenos a los medios clásicos de nacionalización? (Los diplomáticos alejados de sus países y los exiliados fuera y al margen de la toma de decisiones.)

Es una pregunta muy pertinente para la cual no tengo una respuesta fundamentada pues el proyecto de investigación que estoy preparando sobre esta cuestión aún no arrancó. Pero debo admitir que individualmente o en grupo, exiliados y diplomáticos, que en otros momentos ocuparon cargos políticos de gran importancia en sus países, han tenido un papel relevante en los procesos de nacionalización de los respectivos países: recordemos el caso de Costa Cabral, que dirigió varios gobiernos en la década de 1840 y fue después representante diplomático en Madrid. O Alcalá Galiano, político liberal español diplomático en Lisboa varios años. Otros fueron grandes figuras intelectuales, artistas o historiadores: nos referimos a Juan Valera o Sánchez Albornoz. Podríamos citar muchos ejemplos para el siglo XX. Por su parte, los exiliados, muchos políticos que ocuparon en algún momento lugares relevantes, como Prim o

Salmerón, fueron intelectuales de gran influencia cultural: Jaime Cortesão, António Sérgio o Fidelino de Figueiredo. Conviene estudiar en qué términos contribuyeron con los procesos de nacionalización o, por el contrario, si fueron críticos con su desarrollo.

¿Podemos hablar de un espacio peninsular susceptible de ser estudiado en su conjunto como una realidad histórica? ¿Podemos hablar de una escala peninsular de conocimiento histórico, político, social o cultural?

Sí, ciertamente podemos tomar la escala peninsular como un todo. Es ya una obviedad decir que es imposible entender la historia de Portugal sin conocer la historia de España. Con todo, esa escala peninsular debe ser comprendida en su complejidad con otras áreas mayores: el resto de Europa, el Mediterráneo, el Atlántico, África, América u Oriente. A la par de las relaciones Lisboa-Madrid, debemos considerar las relaciones de estas capitales con otras ciudades europeas y extraeuropeas. En este sentido diré que la escala peninsular puede ser vista como un campo de observación privilegiado para el estudio de las relaciones norte-sur y oriente-occidente. Pero nunca debemos aislar un espacio de observación que siempre estuvo en contacto con otras culturas y civilizaciones.

¿Qué elementos cree que pueden contribuir a la articulación de un diálogo historiográfico peninsular?

Sugiero que prosiga la realización de encuentros científicos, de proyectos de investigación internacionales y extender los acuerdos Erasmus entre universidades para estudiantes y profesores. Si actualmente ya tenemos todos los años un número significativo de estudiantes españoles en las universidades portuguesas, aún son pocos los profesores de ambas nacionalidades que recurren al programa Erasmus para estancias fuera de su país. Un proyecto científico transnacional como *Iberconceitos* contribuyó decisivamente para profundizar lazos en la comu-

nidad científica internacional. El proyecto que preparo sobre *Comunicação política entre a Península Ibérica e o Atlântico Sul (1807-1918)* puede tener ese efecto. Y la multiplicación de publicaciones en que colaboran investigadores de los dos países también favorece esto. Pero hay mucho por hacer para comprender las historias nacionales desde una perspectiva transnacional múltiple: las actividades económicas, la comunicación política, las instituciones, los intercambios culturales, la diplomacia y los diplomáticos, sin olvidar la historia social, los movimientos de emigración interpeninsulares, la presencia de comunidades españolas en Portugal y portuguesas en España o los exiliados. Hace mucho que los historiadores portugueses tienen conciencia de la inmensa relevancia de la historia de España para comprender el recorrido histórico de la nación portuguesa. Pero esto no se ha concretizado aún en la estructura de los planes de estudio de las universidades portuguesas. En España, se ha notado en los últimos tiempos un crecimiento del interés por la historia de Portugal que, durante mucho tiempo, fue olvidada o subalternizada. De un modo diferenciado, y en campos distintos, los trabajos pioneros de Pilar Vázquez Cuesta, de Hipólito de la Torre o de Javier Fernández Sebastián, sin olvidar las contribuciones de Víctor Martínez Gil o de Sánchez Cervelló, extendieron el conocimiento de la historia de Portugal en España y viceversa. Y hay una generación más joven que se ha interesado por Portugal, de la que es ejemplo mi entrevistador. Hay que proseguir e intensificar estos esfuerzos. Por mi parte, además de la colaboración que he dado puntualmente en cursos de doctorado y licenciaturas en múltiples universidades, he recibido y apoyado en Lisboa a investigadores españoles en encuentros científicos y estancias de investigación.